

vinculado a lo anterior, cabría puntualizar algunas cuestiones sobre el modo en cómo se construye la argumentación en **Bolchevique de Salón**. En primer lugar, a lo largo de varios pasajes del libro se hace palpable una falta de equilibrio entre el papel asignado a la figura de Weil y la extensa reposición de los contextos políticos, económicos y culturales que tiende a difuminar la centralidad del personaje estudiado. En segundo lugar, por momentos, es posible advertir una falta de problematización de las fuentes primarias y, en especial, de las memorias autobiográficas de Weil que constituyen un *corpus* central en la investigación de Rapoport. Ello puede verse, por ejemplo, en el capítulo dedicado a la infancia del personaje estudiado donde, siguiendo el relato romántico del niño que tempranamente descubre las desigualdades sociales, Rapoport señala que algunas experiencias infantiles como el contacto con su nodriza o el despido de un aprendiz que trabajaba para la empresa familiar le revelaron al joven Félix la realidad del latifundio y de la explotación capitalista (pp. 130-131) e incluso condicionaron la agenda de la investigación de Weil.

Aún así, y más allá de estos señalamientos, el libro de Mario Rapoport constituye un gran aporte a la historia del periodo y se transformará, sin dudas, en una obra de referencia sobre la figura de Félix Weil.

Emiliano Gastón Sánchez
(CONICET / UNTREF / UBA)

A propósito de Sergio Tonkonoff, (Ed.), **Violencia y Cultura. Reflexiones contemporáneas sobre Argentina**, CLACSO, Buenos Aires, 2014, 242 pp.

Es innegable que hablar de *la violencia* despierta en cada uno de nosotros sensaciones de las más diversas: temor, inseguridades, intriga, repulsión e incluso atracción. Por lo mismo,

Iberoamericana-Departamento de Historia, 2007. Para un balance sobre el alcance de estas nuevas perspectivas en la Argentina, pueden consultarse los trabajos reunidos en los siguientes dossier: "Biografía e historia. Reflexiones y perspectivas", presentación de Paula Bruno, en **Anuario IEHS**, n° 27, 2012 e "Intersecciones. Sujetos y problemas. Itinerarios intelectuales en el siglo XX", presentación de José Zanca, **Iberoamericana**, n° 52, 2013.

también es cierto que pensar este objeto no resulta una tarea sencilla. ¿Es nuestra sociedad más violenta que en el pasado? ¿Podemos concebir una sociedad sin violencia? ¿Existen distintos tipos de violencia? ¿De qué es producto? O incluso, ¿qué es efectivamente? Todas estas preguntas, y tantas otras que intentan problematizar este singular fenómeno, y su vinculación con la cultura, son el eje vertebrador de **Violencia y Cultura. Reflexiones contemporáneas sobre Argentina**, libro que presenta la compilación de un ciclo de debates llevados a cabo en la Biblioteca Nacional. Comenzaremos por reseñar brevemente cada una de las intervenciones allí presentadas, para luego proponer una posible línea de lectura del libro, lectura que lo muestra como un intento por pensar la violencia en la dimensión mítica que le es propia.

Tal como afirman las coordinadoras del ciclo en el prefacio del libro, en cada uno de los encuentros se propone una aproximación al fenómeno de la violencia mediante la reflexión sobre distintos episodios muy significativos para la historia argentina contemporánea. Así, el primer capítulo recoge las intervenciones de Martín Albornoz, Rolando Goldman y Julián Troksberg en torno al vínculo entre anarquismo y violencia, pensando particularmente los distintos atentados llevados a cabo a comienzos del siglo XX. Allí, proponen romper el nexo que asocia sus estrategias de acción política con prácticas esencialmente violentas.

En el segundo capítulo, Ricardo Bartís y Eduardo Rinesi recuperan la pieza teatral de Copi para reflexionar en torno a la figura de Eva Perón. Los expositores intentan mostrar las múltiples operaciones de violencia que soporta esta figura tan emblemática, pensando la imbricación entre teatro y política. En tercer lugar, encontramos el debate entre Alejandro Kaufman y Daniel Santoro acerca de la figura de Rucci, haciendo foco en su muerte para problematizar la vinculación entre violencia y política durante los años '70 en la Argentina. Luego, Jonathan Perel y Daniel Feierstein reflexionan sobre la ESMA, analizando particularmente su construcción como Espacio de la Memoria. Así, proponen re-pensar los discursos que narran el horror allí vivido durante la última dictadura cívico-eclesiástico-militar para contribuir a esta construcción colectiva de la memoria. En el quinto capítulo, Flabián Nieves

y Miguel Vitagliano repensan críticamente los atentados a la Embajada de Israel y a la AMIA en la década del '90. Mientras Nieves propone analizarlos utilizando las herramientas que ofrece la sociología de la guerra, Vitagliano busca pensar qué alcances y limitaciones presenta la literatura para narrar estos atentados. En el capítulo seis encontramos una reflexión acerca de la muerte de los militantes Kosteki y Santillán en el año 2002. Allí, Maristella Svampa y José Mateos analizan la represión policial a la protesta social, intentando pensar también la participación juvenil en la vida política, tanto en aquel momento como en el presente. Luego, Julián Axat y Esteban Rodríguez reflexionan acerca del *pibe chorro* como construcción mediática surgida en el marco de la irrupción del problema de la "inseguridad". En el último capítulo del libro, hallamos el debate de Sergio Tonkonoff, Horacio Gonzalez y Mauricio Kartun en torno al vínculo existente entre violencia y cultura. Allí analizan el *Nunca Más* como relato fundante de la cultura democrática, y piensan el teatro como un lugar de ritualización de la violencia. Ahora bien, todas estas reflexiones que problematizan de modos diversos el fenómeno de la violencia a partir de distintos episodios de la historia argentina contemporánea, pueden vincularse entre sí a partir de varias líneas de lectura posibles. Como adelantáramos, aquí nos proponemos recuperar una de ellas: aquella que piensa la violencia en la dimensión mítica que le es propia. Para esto, recuperaremos los aportes de Sergio Tonkonoff en la introducción de este volumen. Allí se afirma que el problema de la violencia remite sobre todo al problema de la constitución de los órdenes simbólicos. En realidad, al problema de la constitución de sus límites, límites que siempre se construyen míticamente. Desde este enfoque, un orden simbólico, una cultura, será un conjunto de estructuras significantes que se articulan entre sí (aunque no definitiva ni completamente) mediante prohibiciones fundamentales, esto es, mediante puntos de clausura míticos que le permiten configurarse como una totalidad coherente, estableciendo lo que será lo más preciado y, a la vez, lo más repulsivo. Esto último será excretado. La expulsión, la separación de lo que no pertenece a la cultura, de lo que le es exterior (pero a la vez interior y constitutivo), en definitiva de lo que es violento, es una operación que no ocurre sin residuos, sin restos. Todo lo que un conjunto societal expulsa, excreta, excluye, retorna inde-

fectiblemente y será justamente el nombre de violencia el cual será reservado para esos retornos. De este modo, puede verse que, desde este enfoque teórico, existe una relación indisoluble entre la cultura y la violencia; ciertamente, una relación de extimidad. La violencia se presenta como el anverso radical de toda cultura, como aquello que siempre retorna. Pero éste será siempre un retorno traumático ya que aquellas acciones y prácticas definidas socialmente como violentas o criminales transgreden precisamente las prohibiciones que se pretenden fundamentales, transgreden aquello que permite la constitución del orden societal como tal, generando así conmoción tanto cognitiva como afectiva en las subjetividades. Como explica Tonkonoff, la violencia siempre tiene algo de incomprensible para los sujetos ya que justamente interrumpe la sintaxis vigente por cuanto se trata de prácticas y acciones que atacan directamente los valores sagrados de ese conjunto societal, son prácticas malditas. Y como tales, son objeto de sanciones penales y rituales; esto es, de sanciones ejemplares, teatrales, dramáticas. En línea con el planteo teórico anterior es posible ubicar las reflexiones de Mauricio Kartun, Eduardo Rinesi y Ricardo Bartís. Kartun propone pensar el teatro como una puesta en acto ritualizada de la violencia. El dramaturgo sostiene que no sólo el teatro es inseparable de ella, sino que es un productor activo de la misma. Y esto, debido a que son los mismos espectadores quienes reclaman por esa violencia, quienes desean consumirla. Esta violencia es la que los mantiene expectantes; los atrae, los *hipnotiza* a lo largo de toda la obra. Rechazo, repulsión, pero atracción al mismo tiempo. En este sentido, Kartun desarrolla toda su exposición pensando el teatro en tanto ritual mítico de violencia, y a la vez, como un mecanismo de entretenimiento que se basa en ella y que construye adentro suyo un *carozo mítico*. Y al pensar al teatro como un espacio mítico-ritual, Kartun muestra de qué modo es utilizado como un lugar a través del cual la sociedad puede acercarse a lo que cada día está frente a sus ojos pero, paradójicamente y al mismo tiempo, no puede ver. Esta es una toma de contacto real, pero a distancia, con la violencia. Y es que Kartun explica que el teatro, por presentar cuerpos vivos, emocionados y violentados, constituye un ritual irremplazable donde se puede debatir en torno a ella. Un ritual intenso de violencia donde se presenta, aunque contenido, el ho-

rror que la acompaña en la cotidianeidad, esa conmoción tanto afectiva como cognitiva a la que refiere Tonkonoff. Kartun muestra entonces que una de las funciones centrales del teatro es: "poner justamente a la violencia frente a los ojos del espectador y producir con eso algo" (p. 233).

A la manera de Kartun, tanto la exposición de Ricardo Bartís como la de Eduardo Rinesi intentan explorar los vínculos existentes entre la violencia y el teatro, pero también las relaciones entre el teatro y la política. Ambos reflexionan en torno a la cuestión del simulacro. Tanto uno como el otro buscan analizar cómo esta cuestión aparece en la pieza teatral de Copi, pero a la vez, en la política misma. Rinesi piensa la violencia y el simulacro como los dos temas centrales tanto de la propuesta de Copi como de la historia del peronismo en general, y de la figura de Eva Perón en particular. En este sentido, muestra las diversas operaciones violentas que se han realizado sobre la figura de Eva en la pieza teatral. Sin embargo, sostiene que estas operaciones se juegan en un registro paródico, en un registro del disparate que está muy alejado de un trabajo histórico sobre dicho personaje. Por su parte, Bartís también reflexiona sobre la cuestión del simulacro, intentando evidenciar que éste no es una molestia para la política puesto que la política se sirve de los recursos del teatro. Nos explica que lo que se encuentra realmente en disputa es precisamente quién realiza ese simulacro. En este caso, Eva Perón: un cuerpo sexuado que además de actuar, goza. Algo que se torna insoponible, tanto en la pieza teatral de Copi como también para la sociedad argentina de los años '40. Y es en esta dirección que Bartís desarrolla la idea de un teatro violento que se opone al teatro como expresión cultural domesticada, un teatro que está cargado de intensidad, donde hay deseo, goce, donde incluso el lenguaje utilizado es violento y la percepción del simulacro extremada. Entonces, Bartís explica que el personaje de Evita en la propuesta de Copi permite ver precisamente el límite del simulacro que caracteriza a la política, que además se sirve de un mito que sigue ni más ni menos que la lógica del amigo-enemigo, de lo amado-odiado. En este sentido, Bartís nos mostrará cuánto la política tiene de teatro a la hora de construir la propia mitología que la sostiene.

Puede decirse entonces que en el libro hay un intento explícito por ubicar la problemática de la violencia en el centro de la escena social. La selección, sin duda no arbitraria, de cada uno de los episodios de la historia argentina contemporánea que han sido tratados, intenta ubicar la violencia como constituyente en cada uno de ellos. Esto último invita a reflexionar sobre los vínculos inexorables, complejos, problemáticos entre violencia y cultura. Si bien aquí hemos propuesto una posible línea de lectura a partir de la cual puede comenzar a pensarse la violencia en la dimensión mítica que le es propia, lo cierto es que esta línea no agota la riqueza de las reflexiones que conforman este libro. Cada uno de los desarrollos, de las propuestas que aquí encontramos, abren múltiples aristas para explorar dicha problemática en diversos sentidos, aristas que a la vez se enriquecen notablemente gracias a las distintas disciplinas a las que pertenecen cada uno de los autores: cineastas, dramaturgos, filósofos, sociólogos, fotógrafos, artistas plásticos.

Martina Lassalle
(UBA/IDAES/CONICET)

A propósito de Isabella Cosse, Mafalda: historia social y política, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, 313 p.

El nuevo libro de Isabella Cosse se ocupa maravillosamente de un objeto entrañable para los miembros de, al menos, tres generaciones. Su escritura supuso a la autora, casi con certeza, la dificultosa tarea de no dejar que la agudeza analítica se rinda ante la ternura y la melancolía a las que Mafalda nos conduce, y, a la inversa, evitar que las herramientas de análisis disecaran un objeto cultural vivo. La autora evade ambos riesgos maravillosamente, al entregarnos una obra fina, profunda, que sin dudas constituye un aporte a las discusiones sobre las vinculaciones entre cultura y política, además de la contribución evidente a la historia del pasado cercano.

Cosse, con una lectura sobre la sensibilidad marcada por su formación temprana con el maestro uruguayo José Pedro Barrán, parte de una decisión teórico-metodológica que sostiene con solvencia: el humor es una vía fértil para el estudio histórico. El gesto analítico re-